

**EL MODELO DE RACIONALIDAD DE POPPER  
Y LA RELACIÓN ENTRE EPISTEMOLOGÍA Y FILOSOFÍA POLÍTICA<sup>1</sup>**

**POPPER'S MODEL OF RATIONALITY  
AND THE RELATIONSHIP BETWEEN EPISTEMOLOGY AND POLITICS**

**ÁNGELES J. PERONA**

*Universidad Complutense de Madrid*

[anperona@filos.ucm.es](mailto:anperona@filos.ucm.es)

**Resumen:** En este texto se estudia el concepto poperiano de racionalidad desde una perspectiva que entrecruza epistemología y filosofía política. De este modo se elabora una interpretación, cuyo afán es diluir algunas confusiones como la existente entre racionalidad y método. Así mismo, se integran algunos elementos teóricos a los que Popper dio importancia, pero que resultan difíciles de encajar de forma coherente cuando se hace una exégesis puramente epistemológica, como es el caso de ciertos valores éticos y esa emoción que es la curiosidad. Se argumenta que el racionalismo crítico poperiano ofrece un modelo unitario de racionalidad, que no se reduce a método y que tiene una dimensión instrumental y otra sustantiva.

**Palabras clave:** racionalismo crítico, racionalidad, método, curiosidad, valores.

**Abstract:** In this text the Popperian concept of rationality is studied from a perspective that intersects epistemology and political philosophy. I develop an interpretation, which aims to palliate some confusions like the one between rationality and method. Moreover, some key theoretical elements deemed important by Popper, such as some ethical values and the emotion that is curiosity, are fitted in. And that is impossible to do in a coherent way when making a purely epistemological exegesis. I argue that Popperian critical rationalism offers a unitary model of rationality, which is not limited to method and has both an instrumental and a substantive dimension.

**Keywords:** critical rationalism, rationality, method, curiosity, values.

Copyright © 2017 ÁNGELES J. PERONA

Ápeiron. Estudios de filosofía, monográfico «Karl Popper», n.º 6, 2017, pp. 187–201, Madrid-España (ISSN 2386 – 5326)  
<http://www.apeironestudiosdefilosofia.com/>

**Recibido:** 28/02/2016 **Aceptado:** 15/03/2016

<sup>1</sup> Texto elaborado en el marco de los siguientes proyectos: FFI2016-77755-R (Ministerio de Economía) y PR26/16-20264 (Banco Santander-Universidad Complutense de Madrid).

## ÁNGELES J. PERONA • El modelo de racionalidad de Popper y la relación entre epistemología y filosofía política

Es habitual en los estudios filosóficos sobre autores relevantes presentar su legado atendiendo a la cronología de sus obras principales. Por eso, cuando se habla de Popper lo primero es citar *La lógica de la investigación científica*, cuya primera edición en alemán se publicó en 1934, aunque fue su traducción al inglés en 1959 la que causó más impacto. Como esa es una obra centrada en cuestiones de epistemología de las ciencias físico-naturales, se interpreta desde ella el resto del pensamiento popperiano, incluida su filosofía política.

En este texto no voy a abandonar totalmente esa perspectiva, pero sí la modificalo de un modo que considero sustancial, pues pienso que es conveniente leer su pensamiento también y fundamentalmente en dirección inversa: desde su filosofía política hacia su epistemología. Y es que hay una conexión profunda en toda la filosofía popperiana de modo que la epistemología, la ontología y la filosofía práctica están inextricablemente entrelazadas. Si las separamos es por razones analíticas y expositivas.

Ciertamente, Popper se dio a conocer como filósofo centrado en cuestiones epistemológicas, pero tal y como relata en *Búsqueda sin término. Una autobiografía intelectual*, vivió y participó desde muy joven en la vida política vienesa, por aquel entonces tan agitada como en el resto de Europa. De hecho, los convulsos acontecimientos políticos que culminaron en la II Guerra Mundial preocuparon hondamente y desde el primer momento a Popper, además de afectar a su vida hasta el punto de obligarle al exilio. Por eso, no es de extrañar que su obra más destacada de filosofía política y social (*La sociedad abierta y sus enemigos*) fuera publicada en 1945, a varios años de distancia de las conferencias dedicadas a epistemología que le sirvieron de base para otro de sus grandes libros: *El desarrollo del conocimiento científico. Conjeturas y refutaciones*.

Bastan estos pocos datos biográficos para darse cuenta de que Popper no esperó a tener acabado su modelo epistemológico para, luego, aplicarlo al ámbito político. Más bien lo que esos datos muestran es que la reflexión sobre ambos campos de problemas iba pareja.

Por otro lado, el estudio del pensamiento popperiano desde su filosofía política tiene la enorme ventaja teórica de posibilitar interpretaciones que diluyen la confusión reinante en ciertos temas de su racionalismo crítico, como la relación entre racionalidad y método. Así mismo, permite integrar algunos elementos teóricos a los que Popper dio importancia, pero que resultan difíciles de encajar de forma coherente cuando se hace una exégesis puramente epistemológica, como es el caso de ciertos valores éticos y alguna emoción (como la curiosidad). En las páginas que siguen voy a ocuparme de estas dos cuestiones. Argumentaré que el racionalismo crítico popperiano es más coherente y tiene más interés hoy en día si se ve no como una epistemología que aplica un modelo metodológico al campo de la filosofía política, sino como un modelo de racionalidad que se ejerce de distinta manera en los procesos de conocimiento del entorno físico-natural, en los del entorno social y en el ámbito de la acción política.

Es indiscutible que en su primera obra relevante Popper presenta un modelo de racionalidad que se identifica con el método científico. En este aspecto su propuesta parece seguir sin más la línea iniciada por la filosofía moderna y sostenida con vigor en su tiempo por los empiristas lógicos del Círculo de Viena, a la sazón sus interlocutores polémicos. Precisamente en oposición crítica con la descripción inductivista y empirista del método ofrecida en el Círculo de Viena, Popper erigió su racionalismo crítico. En esta expresión la denominación de “racionalista” apunta a la idea de que la lógica propia del método de investigación no es inductiva, sino deductiva. En cuanto al adjetivo “crítico” menciona, entre otras cosas, la particular versión del deductivismo metodológico que Popper propuso y que él mismo denominó método crítico o método de ensayo y eliminación de errores<sup>2</sup>.

Este método es el núcleo de su epistemología y, al mismo tiempo, el emblema de su respuesta a lo que, en el “Prefacio a la edición inglesa” de la *Lógica de la investigación científica*, considera el problema filosófico fundamental: el del aumento del conocimiento. De él se ocupó a lo largo de sus obras epistemológicas al mismo tiempo que fue afinando su propuesta, lo cual hizo siempre en discusión con otros pensadores. De entre sus principales interlocutores polémicos se podrían destacar, además de a los empiristas lógicos vieneses, a Th. S. Kuhn y sus seguidores ante los que manifestó importantes desacuerdos epistemológicos<sup>3</sup>. A este respecto

<sup>2</sup> Popper aclara en varias ocasiones lo que entiende por ese método. Por ejemplo, en la *Búsqueda sin término. Una autobiografía intelectual* afirma que “consiste en proponer hipótesis audaces y exponerlas a las más severas críticas, en orden a detectar dónde estamos equivocados”. (Popper, 1977: 115).

<sup>3</sup> Cfr. Lakatos y Musgrave, 1975.

baste recordar que la racionalidad científica no se hace descansar en el método, sino en la noción kuhniana de paradigma, lo cual implica, entre otras cosas, romper con la tesis de la separación radical entre el contexto de descubrimiento de una teoría y el contexto de justificación de la misma. Esto es algo que Popper siempre consideró un error, entre otras muchas razones porque daba importancia a factores no metodológicos en los procesos de aumento y justificación (falible, pero confiable) del conocimiento verdadero. Sin embargo, es interesante confrontar esta posición popperiana con la importancia que le otorga a un elemento psicológico como la curiosidad en tanto que motor de la investigación. Retomaré esta cuestión más adelante.

Así mismo, fue relevante la controversia que sostuvo con los frankfurtianos, con los que protagonizó la conocida *Disputa del positivismo en la sociología alemana*, que tuvo lugar en octubre de 1961 en el congreso celebrado en Túbinga por la Sociedad alemana de Sociología. La polémica es central para estudiar las tesis popperianas sobre la investigación en ciencias sociales, sobre su defensa de la unidad del método de investigación y de la desvinculación axiológica en los procesos de investigación. Sin embargo, resulta interesante intentar combinar estas dos últimas ideas con la atención que otorga a ciertos valores éticos en sus reflexiones filosófico-políticas. Volveré sobre ello más adelante.

En definitiva, sostengo que en el pensamiento popperiano encontramos ante todo una teoría de la racionalidad humana que no se entiende sólo en términos instrumentalistas, sino también sustantivos. Así mismo, pienso que la elaboró con elementos que proceden tanto de una reflexión epistemológica como de una reflexión política, y que no son siempre compatibles entre sí. En el cuadro anexo se puede ver de forma resumida los factores que más destacaría de su concepción de la racionalidad<sup>4</sup>:

PISTEMOLOGÍA DE CC. FÍSICO-NATURALES	PISTEMOLOGÍA DE CC. SOCIALES	FILOSOFÍA POLÍTICA
<p><b>Racionalidad metodológica/instrumental:</b></p> <p>1. Versiones particulares del método de ensayo y error como técnicas de investigación.</p> <p>2. Pluralismo teórico. Darwinismo epistemológico.</p> <p>3. Teoría de la Verdad. Falibilismo. Teoreticismo.</p> <p>4. Antiesencialismo. Individualismo moderado (instituciones y tradiciones).</p> <p>5. Antidogmatismo.</p> <p>6. Desvinculación axiológica.</p> <p>7. Condiciones epistémicas, axiológicas y curiosidad.</p>	<p><b>Racionalidad metodológica/instrumental:</b></p> <p>1. Versión del método de ensayo y error como tecnología social fragmentaria. Método cero</p> <p>2. Pluralismo teórico. Darwinismo epistemológico.</p> <p>3. Teoría de la Verdad. Falibilismo. Teoreticismo.</p> <p>4. Antiesencialismo. Individualismo moderado (instituciones, tradiciones).</p> <p>5. Antidogmatismo.</p> <p>6. Desvinculación axiológica.</p> <p>7. Condiciones epistémicas, axiológicas y curiosidad.</p>	<p><b>Racionalidad sustantiva:</b></p> <p>1. Gradualismo.</p> <p>2. Pluralismo de proyectos. Darwinismo epistemológico. Pluralismo limitado por el único marco aceptable: el democrático-liberal occidental. Fin en sí mismo. Irrenunciable.</p> <p>3. Teoría de la Verdad. Falibilismo. Teoreticismo.</p> <p>4. Antiesencialismo. Individualismo moderado (instituciones y tradiciones).</p> <p>5. Antidogmatismo. Tolerancia mutua.</p> <p>6. Marco moral. Reformismo guiado por valores/fines hipotéticamente irrenunciables.</p> <p>7. Condiciones epistémicas y axiológicas.</p>

<sup>4</sup> Hay otra versión de este cuadro y de partes de este texto en Perona, A. J. (2015).

## I. El camino de ida. Racionalidad y método

Como acabo de indicar, en su primera obra Popper elaboró una versión inicial de su modelo de racionalidad teniendo en mente lo que consideraba insuficiencias de la propuesta del empirismo lógico vienes. Desde las primeras páginas estableció diferencias importantes de planteamiento, como su distanciamiento de la perspectiva analítica. Según manifiesta en el prefacio a la edición inglesa hay, al menos, un problema filosófico: “el de entender el mundo, incluidos nosotros y nuestro conocimiento como parte de él” (Popper, 1980: 16); este problema se concreta en epistemología en el subproblema de entender cómo aumenta el conocimiento. Pues bien, Popper dejó claro que para hacer frente a ese problema filosófico (y a todos los demás) no había por qué centrarse en la estructura lógica del lenguaje (Popper, 1980: 16-17); es importante, sin duda, pero la consideró secundaria en relación con la estructura lógica del método de investigación. Es el estudio de la estructura lógica del método lo que permitirá entender por qué se generan teorías, cómo se eligen las mejores y cómo aumenta el conocimiento.

Esta sucinta referencia ya permite percibir una de las varias aportaciones que Popper legó a la filosofía contemporánea, a saber, la sustitución de una perspectiva estática por una dinámica a la hora de abordar el problema del conocimiento. En realidad su aportación está en consonancia con las ofrecidas desde otras tradiciones filosóficas. Por ejemplo, Ch. S. Peirce antes que Popper adoptó esa misma perspectiva e incluso denominó del mismo modo el método de investigación. También el punto de vista es dinámico en aquellos acercamientos filosóficos al problema del conocimiento que se rigen por la lógica dialéctica, como en el caso de M. Horkheimer y, en general, de toda la Escuela de Frankfurt. Así mismo, es dinámica la perspectiva de los análisis del cambio científico llevados a cabo por Th. S. Kuhn y su discípulo.

Sin embargo, a diferencia de Peirce, el detalle de la estructura lógica del método es diferente, por cuanto el estadounidense consideraba que lógica de la investigación estaba estructurada metódicamente por razonamientos abductivos e inductivos, además de deductivos. Popper, en cambio, siempre defendió la pura concepción deductiva de la lógica de la investigación, sin inducción, pues ese camino solo conduce (a su juicio) a las incoherencias propias del fundamentalismo verificacionista. Su propuesta es falibilista (como la de Peirce) en cuanto a la justificación, pero deductivista.

En lo que hace a las concepciones dialécticas de los frankfurtianos, Popper estaba convencido de que la estructura lógica de la dialéctica ataca directamente el principio de no contradicción de la lógica tradicional, lo cual, a su juicio, conduce a la destrucción de la investigación científica y de todo argumento racional. Desde su punto de vista, no erradicar las contradicciones supone mantener la teoría que las genera, con lo que se perdería el criterio para distinguir entre teorías válidas y no válidas: «toda vez que se admite la presencia de una contradicción, se derrumba la ciencia» (Popper, 1974a: 39, II). Esta interpretación de la lógica dialéctica fue considerada por los frankfurtianos como excesivamente formalista y, por eso, una malinterpretación. No es ahora el momento de adentrarse en este debate. Baste con recordar que en él se discutía, entre otras cosas, sobre la peculiaridad del método de las ciencias social y al respecto Popper insistió en que lo relevante era precisamente su estructura formal, la cual consideraba equivalente a la estructura formal del método de las ciencias físico-naturales. Esta es la idea básica de su conocida defensa de la unidad de método. De esa estructura formal y dinámica ofreció el siguiente esquema:

$$PI \rightarrow TT \rightarrow EE \rightarrow P2$$

Así, el punto de partida de toda investigación es una situación problemática (PI), que puede ser práctica o teórica. Con el afán de resolver el problema se elabora una teoría provisional o conjeta (TT), la cual es sometida a contrastación y discusión crítica con el afán de eliminar errores (EE). Del proceso de contrastación surge una nueva situación problemática (P2) a la que habrá que hacer frente con una nueva teoría provisional.

Al esquema anterior le siguió una versión pluriteórica<sup>5</sup>, que recoge la circunstancia de que ante una misma situación problemática se puede hacer frente con varias conjeturas:

$$\begin{array}{ccccccc} & \nearrow & \text{TTa} & \rightarrow & \text{EEa} & \rightarrow & \text{P2a} \\ \text{PI} & \rightarrow & \text{TTb} & \rightarrow & \text{EEb} & \rightarrow & \text{P2b} \\ & \downarrow & \text{TTn} & \rightarrow & \text{EEn} & \rightarrow & \text{P2n} \end{array}$$

La dinámica epistemológica aquí representada la acompañó Popper con el esfuerzo por distinguirla de la propia de la dialéctica hegeliana. Tal distinción pasa, en primer lugar, por el subrayado popperiano del individualismo (moderado): ciertamente la investigación es un proceso institucionalizado, pero la dinámica teórica descansa en la actitud crítica de los individuos, lo cual consideró muy diferente a la idea dialéctica de que la tesis produce por sí misma su antítesis. Además, Popper destacó la ausencia de síntesis en su concepción, pues el enfrentamiento entre teorías (que puede ser antitético) lleva siempre la eliminación de gran parte de ellas (Popper, 1972: 314). A esto hay que añadir que para referirse a la relación que hay entre las diversas teorías en pugna, en vez de utilizar el término contradicción, consideró más adecuado, desde el punto de vista de los principios de la lógica, emplear la voz competencia. Esto último es muy importante para entender su propuesta, pues Popper precisó la dinámica de la investigación mediante un vocabulario evolucionista o, dicho de otro modo, mediante una recepción epistemológica (y metafísica) del darwinismo. De ahí que su propuesta sea conocida como “darwinismo epistemológico”.

Así pues, la dinámica de la investigación se expresa con un vocabulario que no es ni el dialéctico de los frankfurtianos, ni el histórico de los kuhnianos, sino naturalista<sup>6</sup>. En él se desarrolla no solo el pluralismo teórico arriba señalado (el de teorías que compiten para dar cuenta de una misma situación problemática), sino también un peculiar pluralismo ontológico. Con esto me refiero a su organización tripartita del mundo por la que se distingue entre Mundo 1 (de los objetos y estados físicos), Mundo 2 (de los estados de conciencia, estados mentales o de las disposiciones comportamentales a la acción) y Mundo 3 (los contenidos de pensamiento objetivo, como los pensamiento científicos, la poesía o las obras de arte) (Popper, 1974b: 106).

Esta propuesta ontológica ha sido ampliamente debatida y fue duramente criticada por ver en ella un esencialismo platónico de nuevo cuño. Muy lejos de ello, en realidad se trata de una ontología fuertemente antiesencialista, cuyo sentido último depende de su inserción en una epistemología falibilista, conjetural y teoreticista. Es decir, por un lado, las observaciones ontológicas derivan de una epistemología para la que no es humanamente posible ofrecer ni explicaciones últimas, ni descripciones verdaderas, acabadas, necesarias y absolutas de lo conocido. Prescinde, pues, de la idea de que conocemos mediante representación, o copia, o correspondencia de algo cuyas propiedades serían las de las clásicas esencias. Ciertamente, para el racionalismo crítico conocemos la realidad, pero de manera simbólica, parcial y por aproximaciones sucesivas a través de las conjeturas.

Así pues, es una epistemología que integra en la noción de conocimiento humano la duda sobre la pretensión de verdad que llevan las teorías (recuérdese que son hipótesis o conjeturas). Es una epistemología que integra el error como parte de la lógica del conocimiento, la cual transcurre por vía negativa, pues es la contrastación y el afloramiento de errores lo que mueve a buscar mejores explicaciones.

Sin duda, de la propuesta popperiana emana un aroma escéptico que el pensador austriaco moderó con su adhesión a un realismo antiesencialista y su rechazo a abandonar toda noción de verdad absoluta. Lejos de ello, siempre defendió lo que él calificó de noción realista y “tarskiana” de verdad, calificativos estos que le

<sup>5</sup> Con esto Popper se hacía cargo de la evidencia histórico-científica de que ante un mismo conjunto de problemas se pueden ofrecer varias hipótesis o teorías. Al hilo de ello Popper vio la necesidad de una discusión crítica de evaluación para decidir cuál de las teorías en competencia es mejor, al margen de su inasible verdad. Cfr. por ejemplo, Popper, 1997: 42-43.

<sup>6</sup> No es un naturalismo en el sentido de Quine; no se trata de reducir las posibles respuestas dadas a los problemas epistemológicos a las explicaciones de las ciencias naturales. Es un naturalismo consistente en adoptar el vocabulario del darwinismo para fines epistemológicos y metafísicos. Me he ocupado de esta cuestión en Perona, 2002 y Perona, 2008.

<sup>7</sup> Para Popper el conocimiento es un fruto de una mente objetiva (es decir, desvinculada de todo lo subjetivo) que interactúa con su entorno cultural (Mundo 3) y con su entorno físico (el Mundo 1).

## ÁNGELES J. PERONA • El modelo de racionalidad de Popper y la relación entre epistemología y filosofía política

proporcionaron no pocas críticas por malinterpretar a Tarski. Pero, independientemente de ello, lo relevante para entender el antiesencialismo popperiano es que propone una noción de verdad como horizonte asintótico o valor regulativo. En todo caso, la verdad sería un objetivo al que apunta la investigación por la vía negativa de la eliminación de errores. Precisamente, las ideas de error y la falibilidad obligan (piensa Popper) a suponer la idea de verdad objetiva como patrón que no logramos alcanzar (Popper, 1972: 229).

Por otro lado, el antiesencialismo ontológico popperiano y su peculiar realismo<sup>8</sup> están íntimamente relacionados con su desacuerdo con la creencia positivista en el acceso observacional inmediato a lo dado. Popper considera dogmática esta idea. Y es que él fue uno de los primeros filósofos que en el siglo XX realizaron la crítica a lo que se conoce como “mito de lo dado”<sup>9</sup>. Como contrapartida defendió siempre un teoricismo que, en definitiva, concuerda perfectamente con su idea de que los seres humanos no pueden ni captar supuestas esencias últimas del mundo, ni proporcionar explicaciones últimas.

Los argumentos de Popper a favor del antiesencialismo son probablemente uno de los que mejores lugares de su pensamiento para ver el entrelazamiento entre su epistemología y su filosofía práctica. Y no sólo porque aparece recurrentemente en sus obras, sino porque Popper se apoya en el antiesencialismo para rebatir teorías políticas como los nacionalismos<sup>10</sup>, los cuales, a su juicio, operan con una ontología social de base esencialista. Además, de la red conceptual compuesta por unidad de método, falibilismo epistemológico y antiesencialismo ontológico deriva la norma epistémica del antidogmatismo y la norma político-social de la tolerancia mutua. En efecto, dado que resulta humanamente imposible ofrecer una justificación última de la pretensión de verdad de las teorías, es preciso dudar de la validez completa de ellas. Esta duda, a su vez, se dobla de la posibilidad de que alguna de las alternativas pueda acabar resultando mejor que la propia. De ahí la conveniencia de adoptar una actitud antidogmática tanto en la defensa de la propia teoría como en la crítica a las otras. Junto a ello, dado que Popper considera que los proyectos políticos son así mismo falibles, puesto que están ilustrados por los conocimientos que ofrecen las ciencias sociales, de ahí deriva la necesidad de la tolerancia. Nótese como en buena lógica popperiana (que, dicho sea de paso, no es la que siguen muchos de los neoliberales que se consideran discípulos suyos) la tolerancia carece de arrogancia, puesto que toma pie en la duda sobre la validez de la propia hipótesis social y política.

Con todo lo anterior cabe decir que el racionalismo crítico comporta una concepción dinámica y abierta del método de investigación, falibilismo, noción negativa de verdad y justificación, teoricismo, pluralismo teórico y político, antiesencialismo y antidogmatismo.

### 2. Ida y vuelta. Unidad de método y unidad de la racionalidad

Como ya he dicho, en los debates con frankfurtianos y kuhnianos Popper siempre defendió la distinción tajante entre contexto de descubrimiento y contexto de justificación. De ahí extrajo importantes derivaciones epistemológicas. Una de ellas es que las condiciones del conocimiento, es decir, lo que permite distinguir el conocimiento (y, por ende, la ciencia) del no-conocimiento, son solo los elementos lógicos y metodológicos; siempre afirmó la irrelevancia epistemológica de los factores históricos, psicológicos o económicos propios del entorno en el que se realiza la investigación.

Otra derivación destacable (que Popper sostuvo férreamente) es la caracterización de la investigación como un proceso que conlleva desvinculación axiológica. De este modo, el racionalismo crítico popperiano

<sup>8</sup> Es peculiar porque la realidad solo se haría notar mediante los errores. Pero también por el tipo de antiesencialismo que defiende. A este respecto hay que decir que Popper llegó a aceptar que se describiera su posición como un esencialismo modificado, aunque se cuidó mucho de subrayar su rechazo a considerar que las leyes universales de las teorías describieran una supuesta esencia última del mundo. Lo que sí aceptó es que esas leyes pudieran considerarse como descripciones hipotéticas de propiedades estructurales del mundo (Popper, 1985: 175-177).

<sup>9</sup> Esta afortunada denominación procede de W. Sellars, quien la uso en 1956 en su *Empiricism and The Philosophy of Mind*.

<sup>10</sup> El rechazo a los nacionalismos incluye el sionismo, contra el que Popper se manifestó desde primera hora (Popper, 1977: 141-145). En un momento histórico en que estaba vivísimo el horror por el exterminio nazi de judíos y en el que el mismo Popper tuvo que emigrar por haber sido designado como judío, su coherencia política con el antiesencialismo le acarreó durísimas críticas.

se enlaza, a este respecto, con la tradición iniciada por M. Weber. Por otro lado, en su momento este tema constituyó el centro de todas las críticas que recibió por parte de los frankfurtianos, quienes encuadraron la filosofía popperiana bajo los rótulos del positivismo, del científicismo y de la tecnocracia. Semejante designación necesita de varias matizaciones importantes y la primera de ellas tiene que ver con la confusa defensa popperiana de la unidad de método. Y es que Popper no sólo sostuvo que el método de todas las ciencias teóricas (incluidas las ciencias sociales) era el mismo, sino que en *La miseria del historicismo* a la variante de ese método en ciencias sociales la denominó “tecnología social fragmentaria”. Así mismo, también expuso un modelo de acción política de acuerdo con ella: el gradualismo. Se trata de un procedimiento formal de cambio social parcial, cuya mayor ventaja es que permite mantener bajo control el alcance negativo de los posibles errores derivados de las acciones políticas. Desde el punto de vista de la filosofía política es una versión del reformismo político por la que se ensayan soluciones siempre parciales a situaciones problemáticas de índole socio-política.

Y si la fórmula del método racional (ensayo/eliminación de errores) se acompaña en epistemología del pluralismo teórico, en el ámbito político también contempla Popper que puedan ser varias las propuestas de solución a una misma situación problemática. Por lo demás, tales propuestas son vistas por Popper como creaciones humanas tan falibles como el conocimiento social que las ilustra (o debe ilustrarlas)<sup>11</sup>, de ahí que (como ya he señalado) el antidiogmatismo que regía para las teorías se convierta en el campo político en tolerancia mutua sin arrogancia.

Las implicaciones filosóficas de esta maniobra teórica son tantas que es imposible hacer referencia a todas ellas en este escrito<sup>12</sup>. Al respecto creo que su legado es al mismo tiempo rico y confuso. De ahí que sea preciso interpretarlo en aras de la claridad y de la obtención de algún fruto interesante para las cuestiones que preocupan a la filosofía actual. En este sentido, considero que la defensa popperiana del monismo metodológico como característica de toda actividad humana racional, en realidad, no la realiza desde una perspectiva epistemológica, sino desde un nivel más abstracto en el que el patrón epistemológico se deriva de un patrón de racionalidad.

Desde este punto de vista cabe afirmar que la idea defendida por Popper no fue que son racionales aquellas actividades teóricas y prácticas reducibles a una única versión de la plantilla metodológica y científica de ensayo y eliminación de errores. No, su idea era más bien que son racionales las actividades humanas que siguen alguna variante de esa plantilla, ya se trate de las distintas actividades de la investigación científica, ya se trate de otras, como las políticas o las sociales. Por esto se considera el pensamiento popperiano como un ejemplo de racionalidad conforme a método. Pero, incluso habiendo adoptado la perspectiva de la teoría de la racionalidad, su legado sigue siendo confuso y sospechoso de científicismo.

La razón de ello es que usa “método” con distintos significados y confunde la parte con el todo. En efecto, en primer lugar, usa el término “método” para referirse a un conjunto reglado e institucionalizado de habilidades de investigación científica. Pero, en segundo lugar, usa “método” para referirse a un procedimiento formal (ensayo/ eliminación de errores) que ha de seguirse en cualquier actividad que aspire a ser considerada racional. Ciertamente, si el segundo uso fuera limpiamente intercambiable con el primero y si el primero se concretara en un conjunto unitario y cerrado de reglas equivalentes a un logaritmo universal, entonces la concepción popperiana de la racionalidad constituiría un ejemplo claro de científicismo. Sin embargo, en los textos de Popper sobre esta cuestión hay oscilaciones suficientes para realizar interpretaciones no crudamente científicas.

Mi propuesta interpretativa es que, en realidad, no hay unidad de método, sino unidad de la racionalidad. Lo cual implica explicar el legado popperiano distinguiendo entre método científico (o métodos) y racionalidad. Siendo los primeros una parte de un todo más amplio.

Desde mi punto de vista esta distinción se ve mejor si abordamos la cuestión atendiendo al vínculo entre su epistemología y su filosofía política. Es, precisamente, rastreando su noción de democracia y de política democrática como se puede atisbar la diferencia entre método crítico y racionalidad crítica. En concreto y

<sup>11</sup> Para Popper esto no implica que los científicos deban fijar los fines políticos. Eso sería utopismo, lo que (a su juicio) no es más que una variante del totalitarismo.

<sup>12</sup> Me ocupé de ello en Perona, 1993.

para empezar, recuérdese su tesis de que los sistemas políticos democráticos (con su aparato institucional, el propio de lo que denomina sociedad abierta) son los que mejor propician las prácticas humanas racionales, incluida la investigación científica, aunque no solo ella. A este respecto recuérdese también que, para Popper, tanto las prácticas de investigación como las prácticas políticas tienen lugar en espacios públicos articulados en instituciones y tradiciones (Popper, 1972: 120 y ss.). En ambos casos estaríamos ante realidades sociales formadas por individuos<sup>13</sup>, pero regidas por reglas sociales que pueden favorecer o impedir el ejercicio de lo racional y, en esa medida, serían ellas mismas, racionales o no. Es decir, la democracia y de la sociedad abierta son condiciones de todas las prácticas racionales, puesto que el conjunto de tradiciones e instituciones en que se concretan se regiría por la crítica racional. Pero, teniendo en cuenta que el marco político-social forma parte del contexto de descubrimiento de las teorías, entonces resulta contradictorio defender la distinción tajante entre ese contexto y el de justificación. Y lo cierto es que entender la crítica (el procedimiento de ensayo y eliminación de errores) como una característica de la racionalidad que se concreta de diversas formas, entre ellas los distintos métodos desarrollados por las distintas comunidades científicas, obliga a prescindir de la distinción tajante de contextos.

Si ahora vamos al ya citado debate recogido en el libro *La disputa del positivismo en la sociología alemana* podemos añadir algo más sobre la diferencia latente en el racionalismo crítico entre metodología y racionalidad. Además, es un libro en el que es patente el vínculo entre epistemología (en concreto de la sociología) y filosofía política, aunque solo sea porque los interlocutores polémicos de Popper y H. Albert son miembros destacados de la Teoría Crítica.

La profunda diferencia existente entre ambas posiciones teóricas se percibe bien atendiendo a la idea de “crítica” que se maneja en cada caso.

En efecto, como ya estableciera M. Horkheimer en *Teoría tradicional, teoría crítica*, una teoría es crítica cuando saca a la luz la dominación que estructura una sociedad dada, esto es, cuando da cuenta del conflicto social evidenciando sus causas profundas. Pero, al mismo tiempo, esta noción de crítica (que acompaña a la de teoría social) comportaría el resultado político de deslegitimar la dominación. Por tanto, la teoría social (el conocimiento) cumpliría también una función emancipadora que, entre otras cosas, exige la no desvinculación axiológica en los procesos de conocimiento de lo social, así como el desenmascaramiento (vía crítica de las ideologías) de los intereses particulares ocultos en toda dominación.

Con este breve esbozo de la noción frankfurtiana de crítica quizá se pueda tomar conciencia de la profunda diferencia que hay con la noción popperiana de “crítica” y, como es lógico, entre las respectivas filosofías.

En definitiva, si unimos la cerrada defensa popperiana de la irrelevancia epistemológica del contexto de descubrimiento, más la tesis de la desvinculación axiológica y que el racionalismo crítico popperiano da pie a entender como nociones intercambiables racionalidad y método, entonces se puede vislumbrar la ruta por la que los frankfurtianos asimilaron la epistemología popperiana al positivismo científico y, también, la noción popperiana de racionalidad al modelo de racionalidad medios/fines, o racionalidad instrumental.

Sin embargo, considero que esta interpretación no es del todo coherente ni ajustada con lo que Popper dejó escrito. Asimilar la noción popperiana de racionalidad a la concepción instrumental de la misma no es la única opción que es posible extraer de su legado, precisamente por las oscilaciones de contenido en sus textos. Oscilaciones cuya cara negativa es la falta de claridad y, en ocasiones, de coherencia de su propuesta, pero cuya cara positiva es permitir otras interpretaciones en aras obtener algo de coherencia.

En efecto, las oscilaciones son evidentes a propósito de la extensión del método a las ciencias sociales. En esa operación Popper intenta mantener las mismas características epistemológicas que había elaborado en relación con la investigación científico-natural, empezando por la plantilla metodológica. Sin embargo, la versión del método de ensayo y error que Popper ofreció para las ciencias sociales contiene elementos (como el denominado método cero o de la lógica de la situación<sup>14</sup>) que están ausentes en el caso de las ciencias físico-naturales. Precisamente esto fue visto como prueba de la imposibilidad de mantener la tesis de la uni-

<sup>13</sup> El individualismo popperiano es siempre moderado, pues si bien todas las actividades humanas y sus creaciones exosomáticas tienen como unidad última de análisis a los individuos, siempre se realizan en entornos sociales institucionalizados y atravesados por tradiciones.

<sup>14</sup> Cf. Popper, 1961: 141 y Popper, 1973: 117. Me ocupé de ello en Perona, 1993: cap. 3.

dad de método, lo cual se acentuó porque denominó de manera distintiva el método de las ciencias sociales, como “tecnología social fragmentaria”. Con tal designación reforzó la pertinencia de interpretar la noción popperiana de racionalidad en clave exclusivamente tecnocrática, es decir, solo atenta a la deliberación sobre medios, pero no sobre fines.

Llegados a este punto, nos volvemos a encontrar con la confusión que supone no distinguir entre dos problemas conectados entre sí, pero diferentes. El primero es el de la unidad de método; el segundo la unidad de la racionalidad.

Respecto del primero, es preciso mencionar que en sus obras más tardías Popper habla en plural de los objetivos y métodos posibles de la actividad científica (Popper, 1985: 172). Por otro lado, en 1968 Popper participó en un simposio en Burgos (España) y ahí, en una de sus intervenciones, tras reconocer que sobre esa cuestión no tenía una opinión definitiva, concluyó lo siguiente:

Yo diría que ésta es la única tesis sobre unidad que yo defendería: a saber, que siempre aprendemos por la crítica; en cuanto a lo demás, la diferencia puede ser tan grande como se quiera y yo no tendría nada que objetar a ello. (Popper et al., 1970: 114)

Con todo ello, parece que la única manera de hacer coherente estas ideas es considerar que el racionalismo crítico es compatible con un pluralismo metodológico, siempre y cuando se entienda por “método” un conjunto variable de técnicas de investigación que proporcionan un conjunto cualitativamente variable de explicaciones.

Junto a ello y si se trae a colación ese elemento tan importante de la filosofía popperiana que es el darwinismo epistemológico, entonces cabe interpretar esa pluralidad metodológica como las variaciones de una estructura formal básica, a saber, el ensayo y la eliminación de errores. ¿Cómo entender esa estructura formal?, ¿cómo método? Para evitar confusiones, sería mejor no hablar aquí de método, sino de procedimiento racional disposicional; en concreto sería una disposición innata<sup>15</sup> que la especie humana ejercería cuando hace frente a situaciones problemáticas y tiene éxito, es decir, cuando gracias a sus creaciones exosomáticas conjeturales sobrevive a las situaciones problemáticas y aprende de ello a partir de los errores cometidos. Por ello este procedimiento sería el de lo racional.

Desde esta perspectiva se perfila una noción naturalizada de racionalidad, lo cual es distinto a sostener una noción científica<sup>16</sup>. Y es que, desde el darwinismo epistemológico, la estructura formal ensayo/eliminación de errores no se reduciría siempre a las técnicas de investigación que producen teorías y conocimiento científico. Aunque los métodos científicos y sus teorías anexas son realizaciones de ella (las más brillantes para el racionalismo crítico) no son las únicas. De hecho, ni siquiera sería una disposición innata exclusiva de la especie humana<sup>17</sup>; lo distintivo de la especie a este respecto es que los humanos hacen frente a las situaciones problemáticas mediante creaciones exosomáticas que, cuando surgen los errores, no sobreviven, mientras que sus creadores sí.

En resumen, si se acepta esta interpretación naturalizada de la noción de racionalidad legada por Popper, entonces tendríamos una tesis de la unidad de la racionalidad junto con otra de la pluralidad de métodos de investigación. No habría incoherencia en sostener ambas, porque los métodos serían realizaciones de una misma estructura formal entendida como disposición a un estilo de acción. Al ser entendida la relación entre la lógica de la racionalidad y la lógica de la investigación en términos de realizaciones diversas (dependientes de los intereses de la investigación) y no de reducción mecánica y ciega de las contingencias situacionales, se evitan los absurdos reduccionismos positivistas y científicos.

Pero, ¿qué sucede con la acusación de ser un modelo tecnocrático de racionalidad? Lo cierto es que no quedaría desactivada solo con los argumentos presentados hasta el momento. Así es, sobre todo si se toma en consideración, de un lado, la idea de que las mejores realizaciones de la racionalidad humana son las llevadas

<sup>15</sup> Para el innatismo popperiano véase, por ejemplo, Popper, 1974b: 238 y ss.

<sup>16</sup> El primer párrafo del libro de H. Albert titulado *Racionalismo crítico* es un ejemplo magnífico de la interpretación que estoy defendiendo aquí (Albert, 2002: 38).

<sup>17</sup> Popper repite en varios lugares la chocante comparación a este respecto entre Einstein y una ameba.

a cabo en los procesos metodológicos de investigación y, de otro lado, la tesis de la desvinculación axiológica como característica importante de esos procesos. En el cuadro anexo esas realizaciones quedan englobadas bajo el rótulo de “racionalidad metodológica” y, ciertamente, tiene el perfil de las concepciones instrumentales (y tecnocráticas) de la racionalidad. En efecto, en línea con la tradición weberiana, la tesis popperiana de la desvinculación axiológica pretende separar las prácticas de investigación de las prácticas políticas, es decir, que los valores que quedan fuera de la investigación (en el sentido de que no la condicionan ni como límites, ni como fines) serían los éticos y políticos, no los epistémicos. Como mucho, el único valor no epistémico en juego sería la supervivencia, pero tampoco, pues en buena lógica darwinista la supervivencia no es ni un valor, ni un fin, sino un resultado fáctico no buscado.

Así pues, las variantes de la racionalidad metodológica serían todas ellas variaciones de la racionalidad instrumental por cuanto la investigación apuntaría a explicar mediante conjeturas las situaciones problemáticas y a derivar de ahí predicciones explicativas y tecnológicas del tipo medios-fines. El elemento tecnocrático es evidente, porque no se contempla la posibilidad de deliberación axiológica sobre los fines que se deben perseguir. Dicho de otro modo, no hay deliberación sobre los rendimientos, impactos y usos sociales y políticos de los conocimientos científicos.

Sin embargo, si se acude a la filosofía política popperiana todo cambia. En efecto, es muy interesante tomar en consideración esa parte de su legado en relación con el tema que nos ocupa, porque introduce elementos teóricos que permiten desbaratar la acusación de racionalidad tecnocrática, pero a costa de sacrificar esa condición de la más depurada racionalidad que es la desvinculación axiológica y la división tajante entre contexto de descubrimiento y contexto de justificación.

### 3. El camino de vuelta. Racionalidad sustantiva

Como ya he mencionado, Popper fue un teórico y un defensor de los sistemas democráticos representativos, y entendió la actividad política democrática a la luz del gradualismo. Con todo lo dicho antes, si el gradualismo fuera sin más la versión política de la racionalidad metodológica e instrumental, entonces habría que concluir que la racionalidad práctica popperiana se reduce a método instrumental de detección de los medios más adecuados para alcanzar determinados fines. Es decir, que la política democrática no podría consistir más que en mera gestión y reproducción tecnocráticas de los fines vigentes en el *statu quo*. De modo que, tanto la determinación de los fines políticos como la elección entre ellos quedarían fuera del espacio dinámico, crítico y público de lo racional.

Sin embargo, esta interpretación tecnocrática deja fuera ideas fundamentales de la filosofía política popperiana que son incompatibles con ella.

Para empezar, cualquier concepción política tecnocrática encierra un núcleo determinista difícilmente compatible con las ideas popperianas de indeterminismo y de “universo abierto”. La confianza tecnocrática en la secuencia medios/fines deja poco espacio al surgimiento de lo nuevo en todos los ámbitos la realidad y, en esta medida, se asemeja mucho a las explicaciones últimas propias del esencialismo, esas que Popper rechazó explícitamente.

Todavía es menos compatible esa interpretación tecnocrática de la racionalidad política popperiana con su conocido legado ético. Verdaderamente es un legado inconcreto, no elaborado sistemáticamente<sup>18</sup>. Pero ahí está en sus escritos, empezando con la noción de libertad individual como fuente posible de introducción de novedad en el ámbito social. Ahí está también su utilitarismo negativo con valores tan relevantes para Popper que, de hecho, operan (junto con la libertad) como fines irrenunciables y, en lo que hace a su función en la estructura de su filosofía, son condiciones no meramente formales de la racionalidad práctica<sup>19</sup>.

<sup>18</sup> Quizá por eso otros racionalistas críticos han realizado estudios serios al respecto. Veáse, por ejemplo, los capítulos 8 y 9 de Jarvie and Pralong (1999) o Sheamur, 2009.

<sup>19</sup> Popper ofreció en *Conjectures and Refutations* una lista de lo que consideraba los mayores males que podían ser remedados o aliviados por la “cooperación social” (Popper, 1972: 370). Nótese que no dice “libre competencia”.

Por tanto, sostengo que la noción de racionalidad legada por Popper no se reduce a la variante metodológica e instrumental, aunque la incluye y en dos versiones: una para ciencias físico-naturales y otra para ciencias sociales. Su noción de racionalidad es más que metodología, porque conlleva un nivel sustantivo y normativo: el del conjunto de fines irrenunciables.

A ese conjunto es preciso sumar el sistema democrático liberal, que en el pensamiento de Popper no es solo la forma de gobierno más deseable por ser la menos mala, ni un mero procedimiento de fijación de mayorías, sino también un valor irrenunciable y una condición de todas las actividades racionales (incluidas las de investigación).

Tomar en cuenta estos factores permite proponer una interpretación no tecnocrática del modelo de racionalidad propuesto por Popper, pero plantea una serie de dificultades ulteriores. Así, por ejemplo, lo primero que se percibe (basta mirar el cuadro adjunto en su conjunto) es la necesidad de aclarar cómo se integran los usos metodológicos e instrumentales de la racionalidad, cuyas condiciones son aparentemente solo lógico-metodológicas y epistémicas, con el uso sustantivo, que cuenta también con condiciones axiológicas. Así mismo, la falta de concreción de los valores defendidos es una fuente de dificultades a la que se suma la misma falta de concreción respecto del propio sistema democrático, del que Popper no ofrece una noción inequívoca salvo como una alternativa irrenunciable que aparece en sus ejercicios de crítica negativa al historicismo/totalitarismo<sup>20</sup>. Veamos brevemente las implicaciones de estas dos dificultades.

Respecto a la cuestión de cómo integrar los usos metodológicos e instrumentales de la racionalidad con el uso sustantivo, señalaría que, pese a las manifestaciones de Popper, en sus reflexiones sobre la dinámica de la investigación asigna un papel relevante a factores propios del contexto de descubrimiento. Así ocurre, por ejemplo, con ciertos valores morales o con la curiosidad, que es una emoción, un elemento psicológico.

Se puede leer en *Conocimiento objetivo*, (Popper, 1974b: 242):

Hemos de explicar ahora este crecimiento integrador del árbol del conocimiento puro. Es el resultado del objetivo peculiar que nos proponemos en la búsqueda del conocimiento puro, consistente en satisfacer nuestra curiosidad explicando las cosas. Es también el resultado de la existencia del lenguaje humano que no solo nos permite describir el estado de las cosas, sino también argumentar acerca de la verdad de nuestras descripciones; es decir, criticarlas.

Al buscar el conocimiento puro nos proponemos como meta, sencillamente, comprender y resolver el cómo y el por qué, cosa que conseguimos mediante la explicación. Por tanto, todos los problemas del conocimiento puro son *problemas de explicación*.

Dichos problemas pueden tener su origen en problemas prácticos. (...) El crecimiento integrador del árbol del conocimiento se explica gracias a nuestro objetivo de aproximación a la verdad, junto con el hecho de que nuestra curiosidad, nuestra pasión por explicar mediante teorías unificadas, es universal e ilimitada.

Es decir, que la curiosidad es el motor de la investigación pura versus la investigación instrumental, que busca solucionar problemas prácticos.

Son varias las cuestiones relevantes de esta idea popperiana y las reflexiones que la acompañan. Para empezar, esa idea afecta a la concepción de la racionalidad humana, cuya dinámica (en su caso, conforme a método) se deriva de varios motores: uno la búsqueda asintótica de la verdad, que hace posible la crítica racional; otro, la utilidad para solucionar problemas prácticos; por último, la curiosidad por problemas puramente teóricos. Esta combinación hace de nuestras teorías, o conjeturas, instrumentos útiles, pero no solo.

La utilidad a la que alude es de tipo biológico, adaptativo, de supervivencia. Entiende Popper que el conocimiento ha servido y sirve a la especie humana para hacer frente con éxito a problemas prácticos que amenazan su supervivencia. Ilustra con ejemplos la diferencia entre problemas prácticos y teóricos: cómo combatir la pobreza y por qué hay pobres; o cómo acabar con epidemias como la viruela y por qué nos afecta la viruela (Popper, 1974b: 242). Es importante reparar en el tipo de ejemplos elegidos, pues muestran por sí

<sup>20</sup> Recuérdese su afirmación de haber escrito *La sociedad abierta y sus enemigos* como respuesta y oposición al nazismo y al stalinismo, los analogados supremos del totalitarismo para Popper.

mismos el peso del darwinismo epistemológico y del utilitarismo negativo en los intereses del conocimiento; como se ve no se trata de una utilidad primariamente tecnocrática<sup>21</sup>.

Los problemas teóricos nacen de reflexiones sobre nuestras teorías que están motivadas por la curiosidad. El objetivo es solo saber por saber. Sin embargo, no están desligados de los problemas prácticos: primero, porque en principio surgen a propósito de teorías atentas a problemas prácticos; segundo, porque mucho de lo que Popper llama “conocimiento puro” ha resultado valioso también para cuestiones prácticas. No habría, pues, una concepción reductivista del conocimiento.

En cuanto a la curiosidad, es una emoción. Es llamativo que un antipsicólogo como Popper le otorgara un papel tan importante a una emoción, algo propio del contexto de descubrimiento. Sin embargo, a su extraña manera expresó un modo de ver las emociones como algo diferente a un estado mental interno incompatible con la publicidad intersubjetiva de los elementos relevantes de la investigación. En distintos capítulos de *Conocimiento objetivo* Popper sostuvo que los tres estratos del mundo que él distinguió interactúan entre sí y se retroalimentan. De modo que, es a través de la interacción con el Mundo3 como los elementos del Mundo2 se objetivarían. En algunas ocasiones reconoce que el Mundo2 (el de los estados mentales internos) interviene en los procesos de conocimiento, pero solo adquiere relevancia epistemológica si se analiza en términos de una operación con los elementos objetivos del Mundo3 (Popper, 1974b: 158 y ss.). De este modo, los procesos mentales subjetivos como las emociones se integrarían en la situación problemática objetiva a la que atiende la investigación en cuestión. En otras ocasiones (Popper, 1974b: 142-143) explica la objetivación como un proceso de aprendizaje que es, al mismo tiempo, un proceso de aumento del conocimiento subjetivo. Equivale a un ejercicio de crítica imaginativa que, mediante la interacción con el Mundo3, conlleva la autotranscendencia de los estados internos, privados. Dicho de otro modo, en contacto con el Mundo 3 y mediante la crítica imaginativa de los estados mentales, inventamos nuevas situaciones que son contrastadoras y críticas de esos estados mentales.

Aplicado a la curiosidad, resultaría que se objetiva al operar sobre problemas ya objetivados en las teorías, es decir, sobre elementos del Mundo3. Pero, aceptando estas ideas, ¿dejaría de ser la curiosidad un elemento psicológico para ser un factor puramente epistémico? ¿Se podría hacer la misma operación con valores como “luchar contra la pobreza” para convertirlos en factores puramente epistémicos? Desde luego, integrarlos en situaciones sujetas a la contrastación es una manera de aceptar esos elementos en la dinámica de la investigación. Sin embargo, es difícil ver ahí su transformación en factores puramente lógicos del contexto de justificación, salvo que medie la magia.

A esto hay que añadir que la interacción entre los estratos del mundo, que constituye el trasfondo de la investigación, se da de hecho bajo determinadas condiciones institucionales y socio-históricas; no es lo mismo que parte del Mundo3 esté prohibido, o marginalizado, a que no lo esté y, como ya se ha indicado, Popper considera que las sociedades democráticas son las más adecuadas para el desarrollo de la investigación. De donde cabe concluir que la lógica y las normas de las ciencias no están desvinculados de otras áreas de la cultura y de la sociedad<sup>22</sup>. En todo caso, lo que quiero destacar ahora es que, precisamente, las inconsistencias popperianas muestran un modelo de racionalidad que no es puramente instrumental, ni siquiera en el caso de la investigación científica.

La segunda dificultad para entender su concepción sustantiva de la racionalidad nace de la falta de concreción de su concepto de democracia. Se trata de una cuestión relevante porque la democracia aparece como condición ideal de cualquier ejercicio de la crítica, incluido el propio de la investigación científica. Al respecto, es de sobra conocido que Popper es uno de los pensadores que contribuyó a repensar y redefinir la noción de democracia representativa tras la II Guerra mundial. Todos ellos partieron del mismo diagnóstico negativo de los estados democráticos europeos anteriores a la II Guerra Mundial, esos que acabaron sacrifici-

<sup>21</sup> Dejo de lado la cuestión de si se debe buscar conscientemente ese tipo de utilidad a la hora de elegir entre un proyecto de investigación u otro. En principio, desde el darwinismo epistemológico popperiano la respuesta es no, porque no es un lamarckismo. Sin embargo, Popper ofrece a este respecto una confusa explicación de las relaciones entre lamarckismo y darwinismo en Popper, 1974b: 143.

<sup>22</sup> Esto fue defendido en su momento por autores como Feyerabend. En la actualidad la epistemología social de S. Fuller es un desarrollo interesante de estas ideas.

cando el aspecto valorativo de los principios políticos democráticos de igualdad y libertad en aras del mero procedimiento de fijación de mayorías, algo que tuvo efectos nefastos en la Europa de los años 30 del siglo XX<sup>23</sup>. De ahí que no resulte sorprendente la insistente apelación popperiana a los valores éticos negativos como fines ineludibles de la política democrática.

Sin embargo, la falta en la obra de Popper de un pensamiento político tan sistemático como el epistemológico, dio pie muy pronto a varias recepciones de su propuesta democrática, las cuales quizá pudieran resumirse en dos posiciones muy conocidas.

Por un lado, la versión neoliberal y neoconservadora que distingue radicalmente entre orden político (democracia en el nudo sentido procedural), orden social (sociedad abierta) y orden individual (valores éticos).

Desde este punto de vista, a la hora de determinar la agenda política y establecer los medios adecuados para hacer frente al problema, se acentúa la importancia de los “especialistas”, esto es, las de quienes son supuestamente mejores conocedores del problema. Con estos protagonistas políticos los valores éticos quedan encerrados en el ámbito individual y su relevancia para fijar los fines políticos siempre va supeditada a criterios técnicos de eficacia, que son vistos como valorativamente neutrales. De este modo, se acentúa hasta el extremo el individualismo ético y la racionalidad política adquiere un perfil fuertemente tecnocrático. Históricamente las políticas inspiradas en este ideario han operado y operan *de facto* al servicio del mercado y de los intereses de las corporaciones capitalistas que lo protagonizan.

Por su parte, los tradicionales valores públicos democráticos (como las libertades civiles y las igualdades no meramente formales) se ubican en la esfera social. Es ahí donde su significado concreto se hace dependiente del inconcreto super-valor de la apertura; así se habla de escuela abierta, medios de comunicación abiertos, mercado de trabajo abierto, etc. En definitiva, esa versión de los valores públicos democráticos se usa declamatoriamente y con funciones legitimadoras. Precisamente, la primera decisión política que se legitima es la de no intervenir en la esfera de la interacción económica con el fin regular el alcance de las peores consecuencias que pueda producir. ¿En qué sentido “peores”? En sentido ético como, por ejemplo, pobreza y sufrimiento. Pero los partidarios de este tipo de política consideran esas consecuencias como estructuralmente secundarias ante la supuestamente neutra eficacia.

La otra gran línea de recepción del pensamiento político popperiano pasa por interpretar su propuesta en clave de democracia liberal con sensibilidad social. En este caso, la democracia no es solo un medio institucionalizado para fijar mayorías, sino también un conjunto de tradiciones socialmente compartidas que establecen vínculos entre las instituciones y las intenciones y evaluaciones de los individuos (Popper, 1972: 351).

De nuevo a propósito de la noción de “tradición” hay una carencia de sistematización en el pensamiento popperiano. Sin embargo, lo legado por Popper es suficiente para los propósitos de este texto. En concreto, baste recordar reflexiones como esta:

Among the traditions we must count as the most important is what we may call the ‘moral framework’ (corresponding to the institutional ‘legal framework’) of a society. This incorporates the society’s traditional sense of justice or fairness, or the degree of moral sensitivity it has reached. This moral framework serves as the basis which makes it possible to reach a fair or equitable compromise between conflicting interests where this is necessary. It is, of course, itself not unchangeable, but it changes comparatively slowly. Nothing is more dangerous than the destruction of this traditional framework. (Its destruction was consciously aimed at by Nazism.) In the end its destruction will lead to cynicism and nihilism, i.e. to the disregard and the dissolution of all human values. (Popper, 1972: 351-352)

Así pues, la esfera social democrática comporta un marco moral que atempera las instituciones democráticas en el sentido de que evita que puedan servir para el propósito contrario al esperable (Popper, 1972: 351). Como ya se ha dicho, ese mismo marco moral es el vínculo entre la esfera valorativa individual y la esfera política.

<sup>23</sup> Uno de los resultados más inquietantes de esa versión de democracia aconteció en Alemania con el acceso democrático al poder del partido nazi. La preocupación de Popper por este tema se deja ver en sus reflexiones sobre las paradojas de la democracia (Popper, 1974<sup>a</sup>: vol. I, 120 y ss. y 265).

De este modo, en primer lugar, lo individual no es entendido como desvinculado de lo colectivo, sino moderado por instituciones y tradiciones. En segundo lugar, la racionalidad política no se guía por meros criterios de eficacia tecnocrática, sino que esta atemperada por ideales democráticos de justicia y equidad social<sup>24</sup>. Además, a juicio de Popper, la dinámica del cambio en esta esfera es la discusión crítica, es decir, el patrón de racionalidad ya descrito anteriormente<sup>25</sup>.

#### 4. Final de ruta

Así pues, con todo ello cabe concluir que en la filosofía política popperiana hay elementos suficientes para ver en su legado un modelo de racionalidad a un tiempo instrumental y sustantivo.

Sin embargo, esta conclusión es más una invitación a abordar nuevos problemas que un final del pensamiento. Son muchas las cuestiones que quedaron abiertas en la obra de Popper a propósito de la racionalidad.

Una de ellas es la idea de la unidad racional y normativa de la especie humana<sup>26</sup>. Esta es, sin duda, una cuestión que sigue abierta en la filosofía actual, especialmente, tras la fragmentación y pluralización cultural de las normas humanas de la racionalidad. Algo que, entre otras consecuencias, abre la posibilidad para identificar (o confundir) lo fáctico y lo válido<sup>27</sup>.

¿Hay algo del legado popperiano que pueda resultar fructífero para el pensamiento actual sobre esta cuestión? A mi juicio sí, aunque no como propuesta bien trabada, sino como ideas con las que trabajar más allá de Popper.

Para empezar considero un acierto su concepción negativa de lo racional-normativo; negativa en el sentido de estar infradeterminado semánticamente. Por ejemplo, todo lo relacionado con la noción de verdad; en concreto la idea de que la justificación, como contrastación negativa, no conduce a la verificación en ningún ámbito de la investigación. O la idea derivada de la anterior de que no es alcanzable el conocimiento del mejor mundo social posible<sup>28</sup>. O la idea de que, a pesar de todo, podemos aprender de nuestros errores pasados en el doble sentido de que aprendemos lo que es humanamente posible (Popper, 1972: 376) y también lo que hay que evitar.

Así mismo, considero acertada la posibilidad que su noción de crítica falibilista abre a concretar en cada situación problemática el significado de 'lo mejor'. Esto apunta a pensar las normas de la racionalidad humana no como un listado concreto, cerrado y determinado, sino como un conjunto abierto y variable que se concretaría mediante la crítica mutua y según sean las situaciones. Ahora bien, ¿hay algunas condiciones que vuelven fructífera la crítica racional o es fructífera *per se*? Entiendo aquí por fructífero el que en caso de conflicto normativo la crítica racional proporcione alguna salida.

Sobre esto hay comentarios valiosos, por ejemplo, en su texto titulado "El mito del marco". Ahí afirma con sagacidad que puede que no haya supuestos racionales comunes a los distintos marcos de racionalidad que eventualmente se enfrenten, sin embargo sostiene que hay problemas comunes a los seres humanos como, por ejemplo, los de supervivencia (Popper, 2005: 60).

Esto nos retrotrae a la antes citada interpretación naturalista del racionalismo crítico, cuya justificación (siempre contingente y negativa) de ciertas normas de la racionalidad se expresaría en el vocabulario darwinista de lo adaptativo. Pero, ¿qué podría significar aquí 'adaptativo'? Quizá lo que a la luz de las expresiones

<sup>24</sup> Para los distintos tipos de intervencionismo y la apreciación popperiana por el intervencionismo democrático, incluido el de la socialdemocracia sueca del momento, cf. Popper, 1974a: 140 y 335, nota 10.

<sup>25</sup> Incluso las tradiciones cambian y se desarrollan bajo la influencia de la discusión crítica y en respuesta a los desafíos que lanzan los nuevos problemas (Popper, 1972: 352).

<sup>26</sup> Como se ha mencionado arriba, Popper habla de disposiciones innatas de la especie que tienen relevancia epistemológica y de "valores humanos".

<sup>27</sup> Sobre esto hay una bibliografía ingente. Me parecen especialmente relevantes, por su sutileza y por lo bien que ilustran la complejidad del problema, los debates entre H. Putnam y R. Rorty, por un lado, y entre Rorty y J. Habermas, por otro. Cfr. Brandom 2000.

<sup>28</sup> Esta idea es central en su crítica al utopismo político.

humanas de todo tipo parecen disposiciones naturales suyas: el deseo de seguir vivos, de no sufrir violencia, de satisfacer las necesidades que se ha ido aprendiendo a considerar básicas,....

Pero ¿cómo se articulan políticamente estos deseos? ¿No es esto una suerte de velada utopía pacífica?, ¿no es una variación del ideal kantiano de la paz perpetua? Es posible, pero Popper se curó en salud con repetidos comentarios escépticos sobre el progreso moral de la humanidad<sup>29</sup>.

En la filosofía actual persiste el problema de la unidad de la racionalidad humana con alcance normativo, pero en un contexto muy consciente de la no autonomía socio-cultural de la ciencia, ni del resto de actividades que son tenidas por racionales. Respecto de ello, considero que, más que las afirmaciones tajantes de Popper sobre lo que decía sostener, son sus inconsistencias y dificultades las que siguen siendo instructivas, pues señalan los enredos del problema mismo.

## Referencias bibliográficas

- Albert, Hans (2002), *Racionalismo crítico*, Madrid: Síntesis.
- Brandom, Robert (ed.) (2000), *Rorty and His Critics*, Oxford: Blackwell.
- Jarvie, Ian and Pralong, Sandra (eds.) (1999): *Popper's Open Society after 50 years*, London/New York: Routledge.
- Lakatos, Imre y Musgrave, Alan E. (eds.) (1975), *La crítica y el desarrollo del conocimiento*, Barcelona: Grijalbo.
- Perona, Ángeles J. (1993), *Entre el liberalismo y la socialdemocracia. Popper y la 'sociedad abierta'*, Barcelona: Anthropos.
- Perona, Ángeles J. (2002), "De la claridad como afán de la filosofía. Prólogo a la edición española", en H. Albert, *Racionalismo crítico*, Madrid: Síntesis.
- Perona, Ángeles J. (2008), "Naturalismo epistémico: ¿una propuesta válida en el racionalismo crítico?", en A. J. Perona (ed.), *Contrastando a Popper*, Madrid: Biblioteca Nueva.
- Perona, Ángeles J. (2015), "Racionalidad conforme a método versus racionalidad reducida a método", en Orellana, R.L. et al., *El legado de Karl Popper (1902-1994)*, Valparaíso: Univ. de Valparaíso, pp. 51-71.
- Popper, Karl R. (1961), *The Poverty of Historicism*, London: ARK Edition.
- Popper, Karl R. et al. (1970), *Simposio de Burgos. Ensayos de Filosofía de la ciencia. En torno a la obra de Sir Karl R. Popper*, Madrid: Tecnos.
- Popper, Karl R. (1972), *Conjectures and Refutations. The Growth of Scientific Knowledge*, London: Routledge and Kegan Paul.
- Popper, Karl R. (1973), "La lógica de las ciencias sociales", en Th. W. Adorno et al., *La disputa del positivismo en la sociología alemana*, Barcelona: Grijalbo.
- Popper, Karl R. (1974a), *The Open Society and Its Enemies*, 2 vols. London/New York: Routledge and Kegan Paul.
- Popper, Karl R. (1974b), *Conocimiento objetivo*, Madrid: Tecnos.
- Popper, Karl R. (1977), *Búsqueda sin término. Una autobiografía intelectual*, Madrid: Tecnos.
- Popper, Karl R. (1980), *La lógica de la investigación científica*, Madrid: Tecnos.
- Popper, Karl R. (1985), *Realismo y el objetivo de la ciencia. Post Scriptum a La lógica de la investigación científica*, vol. I, Madrid: Tecnos.
- Popper, Karl R. (1997), *El cuerpo y la mente. Escritos inéditos acerca del conocimiento y el problema cuerpo-mente*, Barcelona/Buenos Aires/México: Paidós.
- Popper, Karl R. (2005), *El mito del marco común*, Barcelona: Paidós, Surcos.
- Shearmur, Jeremy (2009), "Critical Rationalism and Ethics". In Z. Parusniková and R. S. Cohen (eds.), *Rethinking Popper*, Dordrecht / London: Springer. 339-356.

<sup>29</sup> "In fact, I believe that it is much easier for us to regress than to progress." (Popper, 1972: 365).